

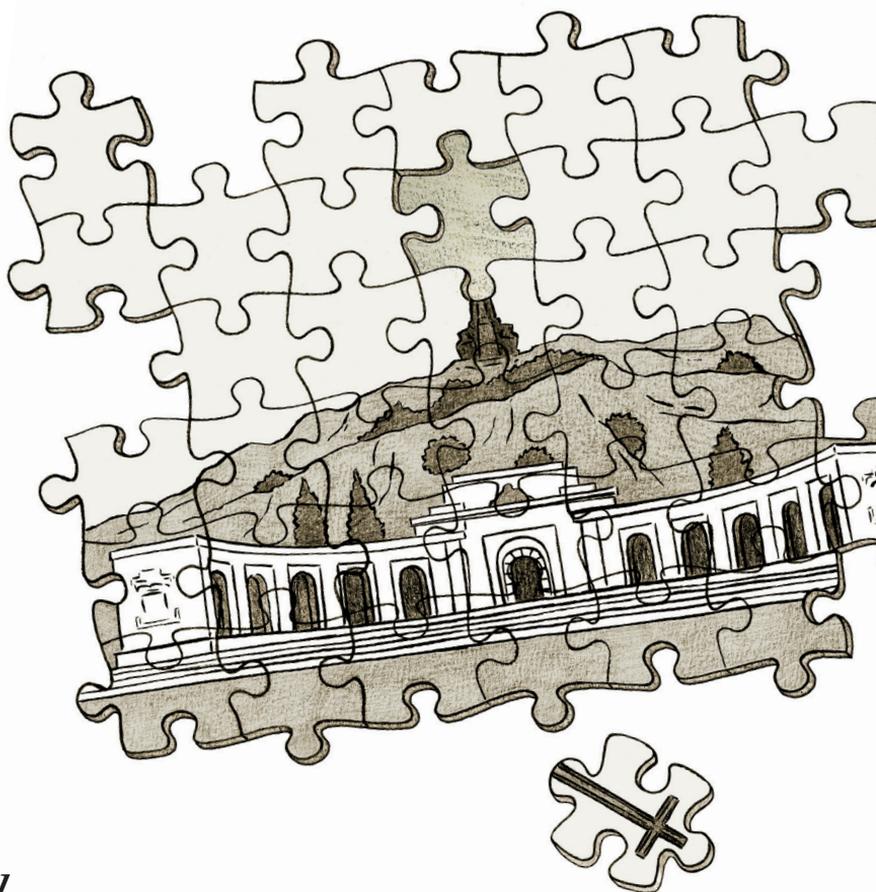
ACTUAL



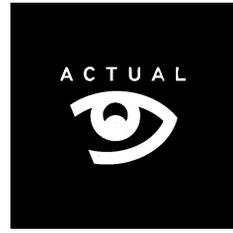
«Tengo la sospecha de que si Margaret MacMillan pasara unas semanas en nuestro país sacaría materia suficiente para otro libro entero.» — **ANTONIO MUÑOZ MOLINA**

MARGARET MACMILLAN

USOS Y ABUSOS DE LA HISTORIA



Ariel



USOS Y ABUSOS DE LA HISTORIA

Margaret MacMillan

Traducción de
Ana Herrera Ferrer

Ariel

Título original:
Dangerous games. The Uses and Abuses of History

1.^a edición en esta presentación: marzo de 2014
Edición anterior, con el título de *Juegos peligrosos*: Octubre 2010

© 2010 Margaret MacMillan

© 2010 de la traducción: Ana Herrera Ferrer

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para España
y propiedad de la traducción:
© 2010 y 2014: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.ariel.es
www.espacioculturalyacademico.com
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

ISBN 978-84-344-1735-9

Depósito legal: B. 2.182 - 2014

Impreso en España por
Book Print Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Índice

Agradecimientos.....	9
Introducción.....	11
1. La locura por la historia	15
2. La historia como consuelo	27
3. ¿A quién pertenece el pasado?	47
4. Historia e identidad	65
5. Historia y nacionalismo.....	95
6. Presentar la factura de la historia.....	107
7. Las guerras de la historia	127
8. La historia como guía	157
Conclusión.....	187
Lecturas complementarias	193
Índice temático.....	197

La locura por la historia

La historia, y no necesariamente la que estudian los historiadores profesionales, es muy popular en estos tiempos, incluso en Norteamérica, donde siempre hemos tenido la tendencia a mirar hacia el futuro en lugar de mirar hacia el pasado. Esto se puede explicar en parte por las fuerzas del mercado. La gente está mejor educada y, sobre todo en las economías maduras, tiene más tiempo libre y se jubila antes. No todo el mundo quiere retirarse a una urbanización al sol y pedalear en triciclos para adultos como única diversión. La historia puede ayudar a formarse una idea del mundo en el que vivimos. Puede resultar fascinante, incluso divertida. ¿Cómo podría inventarse el mejor novelista o dramaturgo a personajes como César Augusto, Catalina la Grande, Galileo o Florence Nightingale? ¿Cómo podrían inventarse los guionistas unas historias de acción o unos dramas humanos mejores que los que han existido, a miles, a lo largo de todos los siglos de historia conocida? Existe en el mundo una gran sed tanto de conocimientos como de entretenimiento, y el mercado ha respondido con entusiasmo.

Museos y galerías de arte organizan enormes exposiciones sobre personajes históricos como Pedro el Grande o sobre periodos específicos de la historia. En todo el mundo abren cada año nuevos museos para conmemorar momentos del pasado, incluso los más dramáticos. China tiene museos dedicados a las atrocidades japonesas cometidas durante la segunda guerra mundial. Washington, Jerusalén y Montreal tienen museos del Holocausto. La televisión tiene canales dedicados enteramente a la historia (a menudo, todo hay que decirlo, mostrando un pasado que parece formado en su mayor parte por batallas y biografías de generales); los lugares históricos quedan agostados bajo los pies de los turistas; las películas históricas (pensemos sólo en las más recientes sobre la reina Isabel I de Inglaterra, por ejemplo) hacen dinero, y la proliferación de novelas históricas populares demuestra que los editores saben muy bien dónde está el beneficio. Los documentales de Ken Burns, desde la clásica serie de la guerra civil americana a la de la segunda guerra mundial, se emiten repetidamente. En Canadá, el programa *People's History* de Mark Starowicz atrae a millones de espectadores. Los *Historica Minutes*, producidos por la fundación privada Historica, dedicada a promocionar la historia de Canadá, son tan populares entre los adolescentes canadienses que a menudo realizan proyectos escolares donde filman ellos mismos algunos minutos. En el Reino Unido, la serie de David Starkey sobre los monarcas británicos le ha hecho rico y tan famoso como los propios reyes y reinas.

Muchos gobiernos tienen ahora departamentos especiales dedicados a conmemorar el pasado... o, como se denomina a menudo de manera pomposa, nuestro «patrimonio». En Canadá, el Departamento de Patrimonio Canadiense exhorta a los canadienses a aprender cosas de la

historia, la tierra y la cultura de Canadá: «El patrimonio es nuestro tesoro colectivo, que se nos entrega para que lo leguemos a nuestros hijos». El término puede abarcarlo prácticamente todo: lengua, folklore, bailes, recetas, antigüedades, cuadros, trajes, edificios. Hay asociaciones para conmemorar los coches antiguos, o las armas, los cromos de béisbol o las cajas de cerillas. En Inglaterra, un joven arquitecto ha fundado la Sociedad para la Conservación y Protección de las Chimeneas para salvar, tal y como indican sus objetivos, «a esos centinelas del tiempo».

En Francia, que tiene un Ministerio de Cultura especialmente activo desde hace décadas, 1980 fue declarado *Année du Patrimoine*. Los franceses se disfrazaron para representar los grandes momentos de su historia. En los años siguientes se dobló el número de lugares y monumentos de interés patrimonial de la lista oficial. Aparecieron muchos museos nuevos, dedicados a los zuecos, por ejemplo, o a los bosques de castaños. A finales de la década, el gobierno estableció una comisión especial para supervisar la conmemoración del bicentenario de la Revolución Francesa en 1989.

Francia ha vivido una explosión de recreaciones del pasado, festividades, meses, semanas y días especiales. Las posibilidades son infinitas: el inicio y el final de las guerras, los nacimientos y las muertes de personas famosas, la primera publicación de un libro o la primera representación de una ópera, una huelga, una manifestación, un juicio, una revolución, incluso los desastres naturales. Y no todas las actividades las inspira el gobierno: muchas vienen de iniciativas locales y voluntarias. Châlons-sur-Marne celebró el centenario de la invención de las conservas enlatadas. Y no sólo en Francia las comunidades desean visitar su pasado: Perth, Ontario, celebró una semana de fiestas en 1993 para conmemorar el queso gigante enviado a la

Feria Mundial de Chicago en 1893. Tal y como han percibido los gobiernos locales y los comerciantes, el pasado siempre es bueno para el turismo.

Los gobiernos tienden a asumir que la atención y cuidado adecuado del pasado mejorará el presente. En Estados Unidos, la Ley Nacional de Conservación Histórica presume que la conciencia del pasado ayudará a hacer mejores a los americanos. Según afirma esta ley, hay que conservar el patrimonio de la nación «para poder dar orientación al pueblo americano». La orden ejecutiva de 2003 del presidente George W. Bush titulada «Conserve-mos América» se hacía eco de tal intención: «El Gobierno Federal reconocerá y gestionará las propiedades históricas que posee como bienes que pueden apoyar las misiones de departamentos y agencias, contribuyendo a la vitalidad y bienestar económico de las comunidades de la nación y promoviendo una mayor apreciación del desarrollo de Estados Unidos y sus valores subyacentes».

Está claro que la pasión por el pasado va más allá de las fuerzas del mercado o de las políticas gubernamentales. La historia responde a diversas necesidades, desde entendernos mucho mejor nosotros mismos y nuestro mundo a obtener respuestas y saber qué hacer. Para muchos seres humanos, el interés por el pasado empieza con ellos mismos. Y eso se debe en parte a la biología. Como otras criaturas, los humanos tienen un principio y un final, y en medio se encuentra su historia. Probablemente también tenga que ver con la conciencia de que hoy en día la gran mayoría de las personas viven en un mundo que cambia con rapidez, mientras las relaciones duraderas, que antes eran lo habitual, ya fuese con lugares o con personas de la familia o amigos, ya no existen para muchos. La fascinación actual por la

conservación del patrimonio obedece también al temor de que estemos perdiendo fragmentos del pasado preciosos e irremplazables, ya se trate de lenguas muertas o edificios deteriorados. A veces, los conservacionistas parecen desear que el propio tiempo se detenga. En Nueva York, para referirnos a un debate actual, ¿habría que reemplazar los edificios de viviendas del Lower East Side por unos edificios más modernos y salubres? ¿O habría que conservarlos, como dice un portavoz del Tenement Museum (museo de las casas de pisos), «para recordarnos la experiencia de vivir y trabajar en su interior»?

Diecinueve millones de personas de todo el mundo están apuntados a Friends Reunited, en internet, que pone a uno en contacto con amigos perdidos hace tiempo, incluso de los primeros días de escuela. Si alguien quiere retroceder un poco más, y lo hace cada vez un número mayor de personas, puede investigar su genealogía. Es comprensible, decía un portavoz del College of Arms, en Londres, «en una sociedad de usar y tirar, donde todo es efímero». La mayor parte de los archivos nacionales ahora tienen secciones especiales destinadas a clientes que están investigando su historia familiar.

Gracias a los mormones, que recogen los registros parroquiales, genealogías y registros de nacimientos para sus propios fines, Salt Lake City alberga una enorme colección de registros de alcance mundial. Internet lo ha hecho todo aún más fácil, con docenas de páginas donde se pueden investigar los antepasados, y algunas más especializadas dedicadas a un solo apellido. En Canadá y el Reino Unido, el popular programa de televisión *Who Do You Think You Are?* (¿Quién crees que eres?) satisface nuestra fascinación por la fama y la caza de antepasados al irse remontando, a menudo con sorprendentes resultados, en los árboles genealógicos de los famosos.

Recientes descubrimientos científicos han hecho posible ir más allá de los registros escritos. Gracias a la posibilidad de descifrar el ADN, los científicos ahora pueden remontarse hasta los antepasados de un individuo a través de la línea materna y encontrar a otros con la misma estructura genética. A medida que se acumulan datos en las bases de datos informativos, se hace posible ver cómo han migrado los seres humanos a lo largo de los años. Eso es importante para cualquiera que desee retroceder más allá de donde le llevan los rastros documentales. Y es especialmente importante para aquellos que nunca han tenido demasiados rastros documentales que seguir, ya de entrada. Los inmigrantes que llegaron en grandes oleadas al Nuevo Mundo en los siglos XIX y XX para escapar a una vida mísera e incierta en Europa, a menudo perdían todos los vínculos con su pasado, a veces incluso sus antiguos nombres. Para los descendientes de esclavos americanos, que carecían de la más mínima esperanza de recuperar el camino que siguieron sus antepasados desde África, y tampoco tenían muchas oportunidades de averiguar qué les había ocurrido una vez llegaron a Estados Unidos, el ADN ha abierto súbitamente la puerta del conocimiento propio. Un programa conmovedor llamado *African American Lives* (Vidas afroamericanas), emitido por la PBS en 2006, buscó el ADN de algunos afroamericanos famosos, como Oprah Winfrey y Quincy Jones. A veces los resultados son decepcionantes: las historias de algún tatarabuelo que descendía de reyes a menudo son sólo eso, historias. A veces hay sorpresas, como cuando un oscuro profesor de contabilidad de Florida averiguó que descendía de Genghis Khan. El profesor podía pensar que quizá debiera sus habilidades administrativas a su terrorífico antepasado...

La fascinación actual por las historias personales de la gente puede ser narcisista (¿cuánto tiempo deberían

pasar los seres humanos examinándose a sí mismos, a fin de cuentas?), pero también procede del deseo de saber qué fue lo que hizo a la gente como es y dio forma al mundo en el que casualmente viven. Si la gente puede retroceder un poco y observar sus propias historias con una perspectiva más amplia, verá que es el producto no sólo de individuos particulares, sino de sociedades y culturas enteras. Los miembros de determinados grupos étnicos pueden averiguar que han heredado sus perspectivas sobre otros grupos étnicos, y quizá ver también que otros los contemplan de una forma determinada. La historia ha dado forma a los valores humanos, a sus miedos, sus aspiraciones, sus amores y sus odios. Cuando empezamos a darnos cuenta de todo esto, comprendemos un poco mejor el auténtico poder del pasado.

Hasta en los momentos en que la gente cree que está emprendiendo nuevos caminos, sus modelos suelen proceder del pasado. ¿No hemos visto acaso a menudo a revolucionarios, deseosos de construir nuevos mundos, cayendo inconscientemente en los hábitos y modos de aquellos a los que han reemplazado? Napoleón llegó al poder como resultado de la Revolución Francesa, pero la corte que estableció tomó su modelo de la de los Borbones desplazados. Los comunistas soviéticos de la élite vivían dentro de los muros del Kremlin, igual que hicieron los zares en sus tiempos. Stalin veía a Iván el Terrible y Pedro el Grande como predecesores suyos, y sospecho que Vladimir Putin hacía lo mismo cuando era presidente. Los comunistas chinos se burlaban de la sociedad tradicional de China, pero sus líderes principales decidieron vivir en el corazón de Beijing, donde se encontraba antes la corte imperial. El propio Mao Zedong se retiró a una misteriosa reclusión, del mismo modo que habían hecho los emperadores durante siglos.

«Los hombres moldean su propia historia», dijo Karl Marx, «pero no lo hacen a su gusto: no lo hacen bajo unas circunstancias que han elegido ellos mismos, sino bajo las circunstancias que ya existen, dadas y transmitidas desde el pasado».

Durante la guerra fría, sin embargo, la historia pareció haber perdido gran parte de su antiguo poder. El mundo que emergió después de 1945 se encontraba dividido entre dos grandes sistemas de alianza y dos ideologías contrapuestas, y las dos aseguraban representar el futuro de la humanidad. El capitalismo liberal americano y el comunismo al estilo soviético intentaban, o al menos eso decían, construir sociedades nuevas, quizá incluso nuevos seres humanos. Los antiguos conflictos entre serbios y croatas, alemanes y franceses o cristianos y musulmanes ya no significaban nada y estaban destinados, según la memorable frase de Leon Trotski, al cubo de basura de la historia. La amenaza de la guerra nuclear masiva siempre estaba presente, por supuesto, y de vez en cuando, como durante la crisis cubana de los misiles en 1962, parecía que había llegado el último momento del planeta. Pero no llegaba, y al final la mayoría sencillamente nos olvidamos del peligro. Las armas nucleares adoptaron un aspecto benigno: después de todo, gracias al equilibrio del terror ninguna superpotencia se atrevería a atacar a otra sin arriesgarse a su propia destrucción. La gente de aquella época asumía que Estados Unidos y la Unión Soviética seguirían enfangados en su conflicto, entre guerra y paz, quizá para siempre. Mientras tanto, el mundo desarrollado disfrutaba de una prosperidad sin precedentes, y aparecían en escena nuevas potencias económicas, muchas de ellas en Asia.

Mis alumnos me decían que yo era muy afortunada por enseñar historia. Suponían que una vez se han establecido

correctamente los hechos de una guerra, ya no hay que volver a pensar en ellos nunca más. Debe de ser muy bonito, decían, no tener que revisar las notas nunca. El pasado, después de todo, pasado está. No se puede cambiar. Les parecía que la historia no es mucho más difícil que sacar una piedra del suelo. Puede resultar divertido, pero no es necesario en realidad. ¿Qué importa lo que ocurrió antes? Estamos en el ahora.

Cuando la guerra fría acabó repentinamente en 1989 con el derrumbamiento del imperio soviético en Europa, el mundo disfrutó de un breve periodo de optimismo, demasiado breve. Colectivamente no fuimos capaces de reconocer que las certezas de los años posteriores a 1945 habían sido sustituidas por un orden internacional mucho más complicado. Por el contrario, la mayoría de la gente asumió que la superpotencia que quedaba, Estados Unidos, se convertiría en un líder benévolo. Las sociedades se beneficiarían de unos «dividendos de la paz», porque no habría necesidad ya de gastar enormes cantidades de dinero en lo militar. La democracia liberal había triunfado, y el marxismo había ido a parar al cubo de la basura. La historia, tal y como decía Francis Fukuyama, había llegado a su fin, y un mundo contento, próspero y pacífico se encaminaba hacia el milenio siguiente.

De hecho, muchos de los antiguos conflictos y tensiones seguían vigentes, congelados, justo por debajo de la superficie de la guerra fría. El fin de esa gran lucha trajo el deshielo, y algunos sueños y odios reprimidos desde hacía largo tiempo volvieron de nuevo a la superficie. El Iraq de Saddam Hussein invadió Kuwait, basando sus reclamaciones en una historia dudosa. Descubrimos que sí importaba que serbios y croatas tuvieran muchas razones históricas para temerse y odiarse entre sí, y que había pueblos dentro de la Unión Soviética que tenían su propia y orgullosa

historia y querían su independencia. Muchos de nosotros nos enteramos de quiénes eran los serbios y los croatas, y en qué parte del mapa se encontraban Armenia o Georgia. En palabras del título de un libro de Misha Glenny sobre Europa Central, presenciamos el renacimiento de la historia. Por supuesto, como ocurre a menudo, algunas personas fueron demasiado lejos en el otro sentido y echaron la culpa de todo lo que iba mal en los Balcanes en los años noventa, para tomar uno de los casos más notables, a «odios antiguos», un motivo que soslayaba convenientemente la maldad del entonces presidente Slobodan Milošević y los de su calaña, que estaban haciendo todo lo posible por destruir Yugoslavia y desmembrar Bosnia. Tal actitud permitió que las potencias extranjeras estuvieran retorciéndose las manos inútilmente durante demasiado tiempo.

Las dos últimas décadas han sido agitadas y desconcertantes, y, cosa nada sorprendente, muchas personas se han vuelto hacia la historia para comprender lo que está ocurriendo. Los libros de historia de los Balcanes se vendían muy bien mientras Yugoslavia se deshacía en pedazos. Hoy en día los editores corren a encargarse de libros sobre Iraq, o a reeditar obras más antiguas. *Los siete pilares de la sabiduría*, de T.E. Lawrence, que describe la lucha de los árabes contra los turcos por su independencia, se ha vuelto a convertir en best seller otra vez, y sobre todo es muy popular entre los soldados americanos que sirven en Iraq. Mi propio libro sobre la Conferencia de Paz de París de 1919, donde se establecieron en gran medida los cimientos del mundo moderno, no encontraba editor en los ochenta. Como me dijo un editor, nadie quería leer la historia de un puñado de hombres blancos –que ya habían muerto– sentados en torno a una mesa y hablando de unos acuerdos de paz olvidados hacía mucho tiempo. En los noventa, el tema parecía muchísimo más relevante.

El mundo de hoy está muy alejado del estancamiento de la guerra fría. Se parece más bien a la década anterior a 1914 y el estallido de la primera guerra mundial, o al mundo de los años veinte. En aquellos días, mientras el Imperio Británico empezaba a debilitarse y otras potencias, desde Alemania a Japón y Estados Unidos, desafiaban su hegemonía, el sistema internacional se volvió inestable. Hoy en día Estados Unidos todavía sobresale entre las demás potencias, pero no tanto como ocurrió en tiempos. Se ha visto muy perjudicado por su implicación en Iraq, y se enfrenta a los desafíos de las crecientes potencias asiáticas China e India, y su antigua rival, Rusia. Los problemas económicos, tal y como ocurrió en el pasado, traen consigo presiones domésticas para que haya más protección y barreras comerciales. Las ideologías (entonces el fascismo y el comunismo, ahora los fundamentalismos religiosos) ponen en tela de juicio las suposiciones del internacionalismo liberal, y hacen la guerra a las potencias que se interponen en su camino. Y el mundo todavía cuenta, como ocurría en la primera mitad del siglo xx, con las fuerzas irracionales del nacionalismo étnico.